



## BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

# Obispado de Astorga.

---

SUMARIO —Carta Pastoral de S. E. I.—Circular sobre el cumplimiento Pascual.—  
Subasta para la reparación del templo parroquial de Barrio la Puente.—Necrología.

---

## OBISPADO DE ASTORGA.

---

### CARTA PASTORAL

S O B R E

# EL ESTADO DE LAS CLASES OBRERAS

SEGÚN LA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD

## Rerum Novarum

### CAUSAS Y REMEDIOS DEL CONFLICTO SOCIAL.

Nos el Dr. D. Juan Bautista Grau y Vallespinós,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE ASTORGA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ETC., ETC.

*Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa A. I. Catedral y á todo el Clero y pueblo de nuestra amada Diócesis, salud en el Señor.*

•El fin comun de todas las sectas es hostilizar al Pontificado por una guerra encarnizada, y destruir por completo, si posible fuese, el Cristianismo. Hoy se apresuran á realizar sus planes, persuadidos de que todo les ayuda y favorece.› Alocución de León XIII en el Consistorio de 14 de Diciembre de 1891.

•Y Nos preguntamos: ¿qué tienen que temer la sociedad y aquellos que la gobiernan de las muchedumbres respetuosas que vienen aquí á tributar sus homenajes al Vicario de Jesucristo? Teman más bien de esas otras muchedumbres que se mantienen lejos de la Iglesia y del Papa y desprecian sus enseñanzas y autoridad. En esas muchedumbres si que se encontrarán los revoltosos, los perturbadores del orden, los audaces agitadores del populacho que quieren quebrantar los fundamentos de toda sociedad civil; jamás entre las muchedumbres que siguen al Papa.› Alocución de 23 de Diciembre del 91 al Sacro Colegio.

**A**madados hermanos é hijos en el Señor: con el pensamiento de la muerte hiere Nuestra Santa Madre la Iglesia la distraida atención de los cristianos al introducirnos en el santo tiempo de Cuaresma: *acuérdate hombre que eres polvo y que al polvo habrás de volver*. Quiere la Iglesia excitar á los hombres á la meditación de sus eternos destinos: la vida de sensualismo y placeres no ha de ser la vida habitual de los hombres ya que, según los principios del Cristianismo y de la sana filosofía, la tierra no debe considerarse el centro de nuestras almas, cuyo destino es inmortal y no podrán hallar reposo, dicha, ni feli-

cidad cumplida, sinó en el seno de Dios que las formara.

Para los hombres que no miran hacia el Cielo toda su preocupación consiste en procurarse una vida larga y placentera en este mundo; privados de las nobles aspiraciones del Cristianismo sólo codician riquezas para satisfacer su sed abrasadora de goces terrenos; sed y codicia inherentes siempre á todo género de egoismos. Y en medio de un siglo tan pervertido por el error de las ideas y la corrupción de las costumbres, fácil es comprender el enfriamiento de la caridad, de los sentimientos religiosos, la ignorancia de los fines sobrenaturales del alma humana y las locuras ó ensueños de una generación por demás disipada.

Las corrientes del materialismo y positivismo de esta vida han absorbido tan por completo la sociedad moderna que apenas se encuentran hombres dados á la meditación y recogimiento, ni dispuestos á los dolores, padecimientos y sacrificios propios de la condición humana. La Iglesia predica la conformidad del hombre con esos padecimientos y convierte en virtud y elemento de esperanza, su paciencia y resignación en sufrirlos. Nos pone por delante el ejemplo de Jesucristo y de todos los varones santos para movernos á mayores sacrificios, á más dulces esperanzas y duraderas recompensas: la incredulidad y el positivismo de nuestro siglo ha rechazado estas enseñanzas y sólo predica los placeres de la vida, la satisfacción de las pasiones y el refinamiento de los deleites. Nada quiere de metafísica ni de religión; ningún género de penas ni de expiaciones en la condición siempre lastimosa de la especie humana; se ha forjado la ilusión de poder desterrar los males y padecimientos por medio de un progreso indefinido y nada admite de las santas enseñanzas del Cristianismo; promete al hombre un porvenir siempre más risueño, una transformación social mucho más feliz aunque incierta y desconocida, y no puede sufrir ni el recuerdo de la muerte, ni las verdades de la Religión acerca de los futuros destinos del hombre y de la sociedad humana.

Nada extraño, por tanto, que se nieguen los derechos de Dios y se ponderen los derechos del hombre; que todo sean libertades y que nada se enseñe al pueblo acerca de sus deberes para con Dios y sus semejantes. Los filósofos y reformadores modernos nada han hablado á los hijos del pueblo de la necesidad de la autoridad divina, de la bondad y bellezas de la moral evangélica, del cumplimiento de los deberes religiosos que ha de conducir al hombre al bien en este mundo y á su eterna felicidad; y en cambio han llevado á sus entendimientos y conciencia la confusión de ideas más espantosa y la perturbación más peligrosa y cruel.

Se han inventado las teorías más utópicas y se han multiplicado los sistemas más caprichosos acerca del futuro porvenir de la humanidad; todo han sido promesas é hipótesis las más halagüeñas para excitar la imaginación siempre febril de las muchedumbres; y al fin, después de tantas predicaciones y de tan bellas hipótesis acerca de los problemas político-sociales que habrán de transformar el mundo, hemos debido aprender lo erróneo de sus sistemas, lo utópico de sus hipótesis, la futilidad y engaño de sus promesas desgraciadamente por desengaños los más tristes y catástrofes las más terribles y funestas.

Los Papas tenían previsto y vaticinado este porvenir, esta crisis y conflictos de las modernas sociedades: los más grandes genios católicos, (1) y aun hombres pensadores, que si bien se inspiraron en las luces del Cristianismo, hablaron á los hombres principalmente el lenguaje de la recta razón, de la experiencia y del sentido común llegaron á fotografiar ó retratar con exactitud asombrosa la perturbación y peligros de nuestro estado social. Y todos convinieron en que los derroteros de la ciencia moderna pade-

---

(1) Nuestro insigne Donoso Cortés, siendo embajador de España en Berlín, predijo el gran desarrollo del socialismo en Alemania y Europa. Véase su correspondencia con el Ministro de Estado y su obra *Ensayo sobre el Socialismo etc.* Véase la pastoral de Mongr. Dupanloup sobre el *Ateísmo y el peligro social* y tantos otros.

cían extravío, y que la suspirada transformación ó revolución político-social del mundo encerraba mucho más de utópico que de verdadero; que, en general, los sistemas político-sociales de los modernos reformadores debían reputarse inciertos, desconocidos y sumamente peligrosos.

Fácil tarea ha sido siempre abrir las válvulas del pensamiento humano y por demás halagüeña al hombre la predicación de sus derechos y libertades; pero para los legisladores ha sido menos fácil, y si tarea muy difícil, la represión de los extravíos causados, y para los gobernantes más difícil ó imposible el encauzamiento de las corrientes del pensar desbordado y el remedio ú enfrenamiento de las pasiones desenvueltas, fruto de las teorías más caprichosas y de las hipótesis más absurdas acerca de la reforma social del mundo; las muchedumbres, inquietas siempre por el espíritu de innovación, han sido y serán el juguete de esa multitud de filósofos políticos ó reformadores, dotados más que de inteligencia, de imaginación febril.

Después de un siglo de ilusorios ensayos y de revolución permanente en las ideas y en los sistemas político-sociales, bien parece llegada la hora de la reflexión y del examen. Después de tanta crisis en todos los terrenos científico-morales, religioso-políticos y filosófico-sociales, parece sentirse verdadera necesidad de calma y reposo, de reflexión y estabilidad.

Hartas han sido las luchas y terribles las experiencias. Las modernas sociedades, cualesquiera que sean sus formas ó instituciones, han experimentado y sienten aún los tris-tísimos efectos de tanto sistema y de tanta variedad de predicaciones. Los gobernantes como los pueblos llegan á cansarse de oír siempre predicar las excelencias de la libertad de pensamiento, de la emancipación del hombre, de sus derechos, de un porvenir nuevo y feliz, y de tanta autonomía individual: á la luz de las catástrofes ocurridas y de las más pavorosas que nos amenazan ante el problema político-social de las clases obreras, que viene imponiéndose

al mundo moderno, urge examinar las verdaderas causas generadoras del malestar, y buscar los remedios más adecuados para el alivio de las clases humildes y jornaleras. Debemos todos preocuparnos en prevenir las gravísimas consecuencias de ese peligro que amaga á la paz y estabilidad social del mundo moderno; que ni la fuerza armada, ni el horror del cadalso podrá precaver, según presienten los hombres pensadores más ilustres de nuestra época y los estadistas de mayor reputación y experiencia: ni bastan los conocimientos ni las soluciones económicas para prevenir el peligro, si no se acude á vigorizar el sentimiento religioso-moral de todas las clases, teniendo en cuenta las utilísimas enseñanzas de la sana filosofía y sobre todo las del Cristianismo.

I.

Un hecho sorprendente ha tenido lugar en estos últimos tiempos: después de haberse casi agotado los esfuerzos de los ingenios pervertidos, y de los miembros más influyentes de las sectas hostiles al Catolicismo, en procurar la debilitación del sentimiento religioso de los pueblos, la destrucción de las creencias, el reinado de la incredulidad y de la apostasía, la emancipación del espíritu humano de toda idea ó influencia religiosa, la secularización de la sociedad ó sea, el reinado del ateísmo en el mundo; vemos, por maravilla, que los pensadores más ilustres y los gobernantes más sensatos vuelven los ojos hacia Roma: aceptan gustosos, con respeto y menos prevenidos, las enseñanzas del Pontificado, y levántanse casi unánimes para aplaudir reconocidos la voz del sapientísimo León XIII, (q. D. g.) en su magnífica Encíclica «*Rerum novarum*» destinada á esclarecer la ponderada cuestión social, señalando las soluciones más acertadas para prevenir los conflictos, serenar los ánimos y proporcionar el deseado remedio á las necesidades de las clases menesterosas y trabajadoras.

Cosa parece providencial que, después de haberse tolerado ó promovido tantas luchas, ataques, ofensas y blasfemias contra la Religión y el Papado, hayamos presenciado el sorprendente espectáculo de ver que, en las cuestiones más difíciles politico-sociales de nuestra época, se desea, se busca ó se inquiere el parecer del Supremo Gerarca de la Iglesia Católica. La filosofía del racionalismo y la ciencia del positivismo materialista no inspiran confianza bastante para que sean aceptadas sus enseñanzas como soluciones prácticas y salvadoras en los problemas que se debaten; la autoridad de los filósofos no se reconoce suficiente para el establecimiento del orden moral y social en el mundo; y vemos que de cada día se aumenta la confianza en la ciencia católica, y sobre todo en la palabra admirable del Vicario de Jesucristo. ¿Quién sabe si habrá sonado la hora de los desencantos, del arrepentimiento y del regreso de los entendimientos hacia el centro de la verdad y de la única luz con poder bastante para ilustrar á los hombres y á los gobernantes en los inciertos derroteros del porvenir social que nos aguarda?

La cuestión obrera ó sea el problema social que á todos preocupa es una cuestión múltiple y tan compleja que para verla con alguna claridad y estudiarla con algún acierto, hay que tener en cuenta elementos diversos y aspectos varios que ofrece á los sabios ó pensadores. Como todas las grandes cuestiones requiere en los que la estudian gran serenidad de juicio; que siempre fueron los prejuicios ó prevenciones un estorbo para el espíritu que inquiere la verdad. Es un problema que atañe á la economía política, á la filosofía, á la moral y á la Religión; y que obliga á fijar la atención en el hombre como individuo, como formando parte de la sociedad, como cristiano ó como desposeído de toda creencia religiosa. Requiérese el auxilio de todas las ciencias indicadas y el de todos los hombres de buena voluntad para proporcionar la instrucción necesaria y la protección indispensable á to-

das esas muchedumbres ó ejércitos de obreros si es que se pretende, por medios suaves, eliminar las asperezas, los odios y rencores, fomentar la conciliación entre patronos y obreros y preparar los caminos de una paz social duradera.

## II.

Pero es el caso que precisamente una de las causas principales de la perturbación de los ánimos, en las clases trabajadoras, hállese en este aumento de ilustración desviada que la civilización moderna les ha procurado. Hace casi un siglo que no oímos otra cosa que hablar de la necesidad de ilustrar á los hijos del pueblo y todas las legislaciones procuran con eficacia proteger la enseñanza popular: ábrense escuelas de todo género, de artes y oficios, escuelas para las diferentes industrias, para el comercio, para la agricultura, despues de haberse declarado la enseñanza primaria gratuita y casi obligatoria. Nada han perdonado los Estados á esas clases obreras para darles un aumento de ilustración y de cultura; y en vez de lograr los felices resultados que era dado esperar, vemos en esas clases que se ha generalizado el malestar con un acrecentamiento de ambición y de molicie; de ódios, rencores y deseos de venganza contra los ricos, los capitalistas, los propietarios y todo los poderosos del siglo.

Si hubiésemos de juzgar estos resultados tristísimos para la sociedad por los desvelos que han demostrado los Gobiernos para aumentar el caudal de conocimientos, ilustración y cultura de esas clases obreras ó hijos del pueblo, llegaríamos á censurar á los hombres del trabajo con la nota de ingratos y poco reconocidos á los beneficios que la civilización moderna les ha dispensado. Más, si profundizamos un tanto en los hechos y circunstancias que han concurrido á la tan ponderada ilustración del pueblo, encontraremos que ha debido ser una de las cau-

sas principales del malestar que lamentamos. Esa instrucción y cultura dispensada á las clases humildes ó trabajadoras debió ser, para que resultase provechosa, no solamente la más adelantada sinó la más moralizadora; y el uso de ese instrumento de la instrucción ó enseñanza adquirida debió ser vigilado y religiosamente favorecido.

Vemos en cambio, que la ilustración del pueblo ha ido casi siempre acompañada y nutrida de materialismo é irreligión; que los Estados si no han fomentado directamente la enseñanza de los errores religiosos y de la inmoralidad, conforme ha sucedido en algunos países, han olvidado ó abandonado la vigilancia de los maestros, de los libros de texto, de los centros de reunión ó de lectura y de cuanto pudiera contribuir á su moralidad ó á su pervertimiento en ideas, costumbres y creencias.

No puede negarse que la mayor instrucción y cultura da al hombre un aumento de capacidad; que será cosa buena ó santa, y nada mala en sí misma, cuando la Iglesia desde los primeros siglos se dedicó á difundirla entre todas las clases, incluso los esclavos. Pero ese instrumento de la ilustración adquirida, lo mismo que las demás facultades del hombre, abandonado á su propia libertad ó libre albedrío, pueden resultar lo mismo instrumentos de salvación que de perdición.

Toda vez que las leyes han fomentado y protegido con particular solicitud la instrucción de las clases populares, debía haberse procurado que el alimento ó pasto de esta instrucción fuese no solamente científico sinó además moral y saludable. Pero ha sucedido todo lo contrario, las lecturas favoritas y que con mayor afán se han procurado las clases obreras, han sido las más nocivas á su entendimiento, á su conciencia, á su corazón y á su natural honradez.

La prensa debe ser considerada como otra de las causas principales de las perturbaciones que con frecuencia

presenciamos en nuestra época. Con el libro, el folleto, el diario y aun las hojas más ó menos clandestinas, se han propinado al pueblo las ideas más inmorales y disolventes. Esas pobres clases jornaleras son, casi puede decirse, el sostén principal de las publicaciones socialistas y pornográficas. Esas muchedumbres todo lo leen, todo lo devoran con tal que los escritos anden saturados de inmundicia que pervierte su corazón, de socialismo, de rencor, de ódio contra las clases acomodadas, ó de chiste, de cuento y de sátira contra el Clero y toda autoridad. Todo lo han aprendido menos la ciencia del santo temor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. La prensa ha favorecido las enseñanzas recibidas: los maestros habláronles muchísimo de derechos, de libertades, de progresos, de su futuro poder, y aun de su futura grandeza; y aquellos órganos de la prensa, no han hecho otra cosa que parafrasear, en diversos tonos y estilos, los mismos temas, las mismas máximas deletéreas y las malas enseñanzas recibidas. Los más de sus maestros suprimieron á Dios y á la Religión de sus lecciones, y la prensa popular no ha hecho mas que ensanchar el vacío, si es que no les ha excitado á la burla ó mofa sarcástica de tan santos objetos. Qué maravilla, pues, que esa ilustración de las clases obreras haya venido á sintetizarse en aquel lema socialista: «no queremos más Dios, ni más amo: volvamos la espalda á todo género de Religión: los obreros habrán de ser la piedra fundamental de la iglesia de lo porvenir.» (1)

### III.

La libertad de asociación y el derecho de reunión que tanto se ha ponderado y defendido en la moderna época, ha favorecido igualmente esas tendencias socialistas desmo-

(1) La question religieuse et l'ouvrier.

ralizadoras que mueven y arrastran las muchedumbres de los obreros. Se las ha apartado del templo de Dios, del hogar de las familias y de toda reunión que haya mostrado tendencias morales ó fines religiosos. Los antiguos gremios, además de los fines propios para el perfeccionamiento de las artes y oficios, venían á constituir como centros de educación moral y religiosa para las clases obreras: los que por su conducta poco honesta ú ordenada; los que por sus ideas subversivas ó por actos de desobediencia y rebeldía se hacían indignos de pertenecer á tales centros, si no atendían á las amonestaciones ó reprensiones de los jefes y compañeros de gremio, eran despedidos de tales centros. En las modernas asociaciones ó centros obreros, excepción hecha de los católicos, aquellas faltas no se reputan motivo suficiente para ser eliminados. Y antes al contrario, muchas veces la misma perversión de ideas y sentimientos ha sido motivo de celebridad, de encarecimiento y mérito para ascender á los más altos cargos de tales centros ó asociaciones.

Y ¿qué diremos de las predicaciones de los clubs, *meetings* y grandes reuniones de las clases obreras? ¿Y qué de esos nuevos y famosos oradores, titulados *compañeros* y *compañeras*? Parece increíble que el gran respeto demostrado por los gobernantes á esas libertades de asociación y de reunión haya podido llegar al extremo de consentir ó tolerar que, en presencia de sus mismos delegados, se haya hecho la apología del ateísmo, de la inmoralidad más repugnante, del odio más injusto, cruel y vengador; del desorden, de los crímenes contra la propiedad y todo principio de autoridad; que se haya, en fin, tolerado y consentido la predicación de la destrucción de todo lo existente; del asesinato y de la más horrorosa de las anarquías.

¿Quién hay que, dotado de algún sentido común, no comprenda las fatales consecuencias y los funestos efectos que habrán de derivarse de tales predicaciones para los obreros y para la sociedad? ¿Se ha olvidado, acaso, que to-

do hombre, y mayormente el desgraciado obrero, es susceptible de alucinaciones, de entusiasmos delirantes, de propósitos, tentaciones ó fanatismos que pueden llevarle á la comisión de todo género de delitos y crímenes? Tenemos un ejemplo muy reciente; la justicia humana hubo de castigar hace muy poco tiempo algunos de esos crímenes, cometidos por obreros ó hijos ilusos del pueblo en Jerez; y he aquí la hermosa retractación que hizo uno de los sentenciados antes de morir y que publicaron todos los periódicos. «Cercana la hora de comparecer ante Dios, conviene para descargo de mi conciencia, recuerdo de mi hijo y ejemplaridad de los hombres, hacer constar pública y solemnemente que he profesado, por mi desgracia, las ideas disolventes del anarquismo, engañado por la prensa anarquista, que explotando la escasa instrucción del obrero inculca teorías que son contra la justicia y la razón. —Quiero y deseo que mi hijo y los compañeros obreros sepan que los periódicos anarquistas nos engañan miserablemente, trayendo á ilusos á la situación triste en que me encuentro.—Estoy convencido de que muchos de los que antes nos predicaban sus ideas, se muestran hoy indiferentes ante nuestra desgracia.—Aconsejo, pues, á todos nuestros compañeros los obreros que rechacen las predicaciones que se les hagan no siendo justas y razonables, y que para poder apreciar estas sean honrados trabajadores y tengan fe en Dios y en nuestra Religión, que predica la fraternidad de todos los hombres.» (1) ¿No es verdad que los causantes de esas desgracias y crímenes fueron los predicadores del socialismo y de la anarquía? ¿No debemos reputarlos mucho más reos que los mismos pobres obreros condenados? ¿No fueron acaso los fautores de semejante locura y fanatismo anarquista? Bien debieron haber subido las gradas del cadalso ellos, mil veces mas culpables y criminales, que los infelices que debieron expiar, perdiendo la

---

(1) Declaración del reo Manuel Silvela Leal (a) el Lebrijano.

vida, sus delitos, fruto lógico de aquellas teorías y predicciones anárquicas.

IV.

No puede desconocerse la importancia de ciertos hechos tan evidentes como indestructibles que han influido en la cuestión obrera, y que más ó menos directamente han ocasionado ó provocado los conflictos que hoy lamentamos. Antes de ahora, ó si se quiere medio siglo atrás, antes que se emplease la fuerza del vapor, los centros de industria ó los talleres eran reducidos, vivían sujetos al influjo moral y religioso de las costumbres cristianas y al buen orden establecido por las relaciones de justicia y de caridad entre patronos y obreros, entonces generalmente reconocidas y sin dificultad aceptadas. Hoy merced al gran desarrollo de la maquinaria y á las nuevas y centuplicadas vías que han dado nuevos aumentos y mercados al comercio, se han ido centralizando las industrias, dándose origen á esos inmensos centros fabriles ó talleres que vienen á constituir como pequeños pueblos ó ciudades obreras. Lo mismo acontece con las grandes empresas ó sociedades explotadoras de minas, que han venido á crear una nueva especie de pueblos subterráneos. De estos hechos, debidos á los progresos indubitables de la industria y del comercio, y á ese casi excesivo aumento de los inventos y perfeccionamiento de la maquinaria, ha resultado una gran transformación en la vida de los operarios y en las relaciones entre amos y obreros. Las dificultades de la moralización y vigilancia en esos grandes centros hánse multiplicado necesariamente y los conflictos entre patronos, mayordomos y proletarios, han resultado mas frecuentes y casi inevitables. Antes, las pequeñas industrias, los talleres reducidos y casi todos los oficios y artes ejercidos en menor escala permitían mas facilmente ser regidos, vigilados y moralizados: los obreros eran menos instruidos, si

se quiere, pero mucho mas dóciles, sufridos y religiosos. Los amos eran verdaderos patronos, ejerciendo no solamente oficios de justicia, sino de caritativa paternidad. Mas tarde la transformación de las industrias y la creación de esos grandes centros ha hecho mas difícil el régimen, el buen orden, la moralización y las relaciones entre amos y trabajadores en esas muchedumbres de la clase obrera.

Esos grandes centros y esas grandes empresas industriales suponen inmensos capitales. Los amos, los ricos, los capitalistas, los empresarios y esas innumerables sociedades en comandita ó de otro género que se han constituido para el desarrollo en grande escala de las industrias varias y de un mas vasto comercio, hánse sentido estimulados á mayores lucros; y como quiera que también hayan perdido, en general, las creencias y los sentimientos religiosos, ó se haya debilitado mucho en ellos la fe y la caridad, la codicia de mayor fortuna ó de más riqueza en breve tiempo adquirida les ha movido cien veces á la explotación de las clases humildes y obreras. ¿Y qué diremos de las sociedades de acaparamiento, de los diversos sistemas socialísticos de tributación é hipotecarios contrarios á la conservación y transmisión de la propiedad territorial y agrícola (2) que han contribuido á la desaparición de las pequeñas industrias, de los colonos, á la ruina de los pequeños capitales, al mayor precio de los comestibles y de muchas otras materias de primera necesidad, aumentando las dificultades del comercio, de la buena administración de los Estados contribuyendo poderosamente á esos conflictos y perturbaciones sociales, fruto muchas veces de la carestia y de la miseria?

Ese nuevo feudalismo industrial ó económico de los tiempos modernos vino á empeorar, que no á ennoblecer esas muchedumbres de jornaleros menesterosos. Desgraciados ya esos hijos del pueblo por haber tenido que abando-

---

(2) Le socialisme international,—par l'abbe Winterer.

nar su suelo natal, sus familias y los dulces placeres de una vida tranquila y morigerada á la sombra benéfica del campanario de la Iglesia que les vió nacer, y haber tenido que trasladarse á poblaciones nuevas y distantes, llenos de necesidad é impulsados por la pobreza ó el hambre; luego de penetrar en esos grandes centros fabriles ó industriales, vieron que empeoraba su triste situación por un cúmulo de privaciones nuevas, un aumento de necesidades que antes no habían conocido, y sobre todo por las tentaciones y peligros de un nuevo compañerismo, por lo común, maleado ó depravado, y desde muchos años organizado para los perniciosos fines de la guerra social.

No seremos nosotros, por otra parte, quienes levante-  
mos el velo que encubre tantas inmoralidades, vejaciones y explotaciones de todo género sobre la miseria é impotencia de esas clases trabajadoras, efecto de la usura más des-  
apoderada ó del fraude solapado. Tampoco hemos de hablar de los derechos que se han arrogado esos nuevos señores feudales de la industria y muchos de los mayordomos sin fé, sin compasión y sin entrañas, sobre multitud de pobres jóvenes ó mujeres obreras que han debido buscar su sustento en esos grandes centros ó talleres; temerosos de que quizás todas las acusaciones que con razón ó sin ella se han dirigido contra los señores feudales de la Edad Media resultaran débiles, en comparación de la gravedad que revisten ciertos hechos y delitos cometidos por el feudalismo moderno. Consúltense *La Obrera* de Julio Simón y *Lo Sublime* de M. Denys Poulot.

Esos patronos, amos ó gefes de los grandes talleres nada han proveído para la moralidad é higiene de esos centros obreros y de esas muchedumbres. Se han consentido las conversaciones y los cánticos más deshonestos y las blasfemias más horribles. Nada han cuidado acerca de la santificación del Domingo, de la ley del reposo, del cumplimiento de los deberes religiosos, ni de fomentar el contacto de esos obreros con el Sacerdocio y el magisterio

Católicos para que les proporcionaran el pa. del alma que tanto necesitan. Muy poco han hecho para que esos grandes edificios fabriles ó industriales reuniesen todas las condiciones higiénicas de que la pobre clase obrera necesita para la conservación de su salud en medio de trabajos siempre duros, y muchas veces, por razón de las industrias, verdaderamente nocivos. Nada ó muy poco para auxiliarles en sus enfermedades, para protegerlos en su miseria con el aumento posible de su jornal para atender á su porvenir y para procurar, en fin, por medio de sociedades cristianas, dar lugar á honestos recreos y á necesarios esparcimientos. Por eso se ha dicho, no sin fundamento, que los obreros en muchos de esos centros vivían poco menos que como esclavos ó condenados á los trabajos forzados de las minas; y que muchos de esos señores feudales de la industria moderna más se parecían á los señores de la antigua Roma, ó á negreros de los tiempos modernos, que no á patronos verdaderamente cristianos.

«De aquí proviene, dice un autor moderno, esa lucha encarnizada, esa concurrencia sin freno, ese ódio contra los capitalistas, cuyas manos estrechan el oro considerado como única condición para conseguir el placer, supremo objeto de la vida.—Quizás esos proletarios, cuyo corazón rebosa de pesadumbre, hayan visto que los capitalistas acaparadores del dinero, los banqueros de toda clase y de todo origen les han dado el ejemplo de la rebelión, de la impiedad y del cinismo sin preocuparse por las cosas de la vida futura y por los destinos del alma inmortal. Ellos han presenciado que, para esos capitalistas, sus esfuerzos y el fin próximo de sus acciones no tendían á otra cosa que al goce; y ante ese espectáculo el escepticismo se ha amparado de sus almas con la envidia, compañera casi siempre del rencor.—Quién ha propagado en las muchedumbres la incredulidad por medio de la prensa? ¿Quién ha desencadenado todos los apetitos, por iguales medios con igual perseverancia?—¿Quién ha sembrado en el país los princi-

pios de rebelión contra la autoridad civil y la religiosa? —¿Quién ha hecho que alcanzara tan positivos resultados la prensa revolucionaria?—No es ciertamente el obrero, el propietario, el pobre. El pueblo ha perdido el sentimiento del respeto, perdiendo el sentimiento de su honor: y los capitalistas sin conciencia, sin Religión y sin moralidad que no conocen otra cosa que el afán de atesorar dinero, y que han aniquilado las fuerzas de los pobres jornaleros con un exceso de producción, hoy deben temer que el huracán que se levanta los envuelva, los arrastre y los destruya.» (1)

V.

Esa enmarañada y misteriosa cuestión obrera lleva como cierto sello de expiación providencial para los pueblos y sociedades modernas. La antigua irrupción de los bárbaros del norte fué como el azote de Dios para castigar las iniquidades, crímenes, inmoralidades, orgullo, ambición, despotismos, crueldades, impurezas y vicios de todo género de las sociedades paganas. El paganismo si fué politeísta en Religión, no llegó á negar la divinidad ni á aceptar como principio de gobierno el ateísmo, la indiferencia ó la apostasía. El neopaganismo ó positivismo de la moderna civilización, aceptando aquellos principios y mostrándose ateo y socialista ha contribuido poderosamente á la pérdida ó disminución de las creencias en los hijos del pueblo y á la corrupción de sus costumbres. Esas muchedumbres de los obreros de nuestro tiempo, si no vuelven á la fé y á la moralidad cristianas, podrán constituir imponentes ejércitos de bárbaros mil veces peores que los de siglos pasados: serán bárbaros apóstatas, serán hijos de la civilización *barbarizados*, y perdida toda fe y temor de Dios, lleno su entendimiento de errores y su corazón de ódios contra toda autoridad, toda magistratura, todo orden, todo capital,

---

(1) Le Clergé et les Temps nouveaux par Elix Meric, Prof.<sup>de</sup> la Sorbonne.

todo gobierno y toda institución, aprovecharán los mismos adelantos de las ciencias ó de la civilización moderna para lanzarse más astutos, más poderosos y mejor organizados, con ferocidad nunca vista contra toda lo existente y todo orden social. La última evolución del mono catharino de la escuela darwiniana habrá dado el hombre león y el hombre fiera. El día en que nuevos Atilas ó Gensericos puedan armar y disciplinar esos poderosos ejércitos, no habrá valla-dar que los contenga, ejército que los resista, ni fuerza so-cial que los supere. Serán el nuevo azote de Dios que los empujará con su brazo omnipotente para dar libre paso á su justicia y castigar terriblemente las aberraciones, las iniquidades, las heregías, los errores, los absurdos científico-filosóficos, las impurezas y los delitos de toda laya de una civilización que, en el paroxismo de su orgullo, se ha mo-fado de su soberano poder, ha negado sus derechos sobre el hombre y la sociedad, ha apostatado de toda creencia, ha entonado himnos á Satán y le ha levantado altares, dán-do-le culto para escarnecer el del Dios verdadero y su Cristo.

En este conflicto social de las clases obreras dice Win-terer (1) importa distinguir un triple ó cuádruple movi-miento: el anarquista, el socialista, el obrero y el agrario. —El movimiento anarquista es el odio socialista llevado al paroxismo; es la sed de asesinato y destrucción. El anar-quismo atento á las lecciones de su primer maestro, se en-trega al estudio de las ciencias con el preferente objeto de destruir. A lo que la conciencia humana ha tenido siempre por crimen, llama el anarquismo acción brillante y gloriosa. Pero más terrible que las bombas de los dina-miteros encuentra la organización inteligente y universal del socialismo. «Si las fuerzas vitales de la sociedad reuni-das no alcanzan á paralizar su acción destructora desplega-rá un poder tal de anarquía que no tendrá igual en el mundo. *Caveant Consules.*»

---

(1) Le Socialisme international—3. me partie.

VI.

Ocupándose en el estado actual de las clases obreras Nuestro Santísimo Padre León XIII, empieza su memorable Encíclica con estas palabras: «Una vez despertado el afán de novedades que agita hace tiempo á los Estados, necesariamente habia de suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden político, se extendiese al económico, que tiene con aquel tanto parentesco. Efectivamente; los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos porque van las artes, el cambio obrado en las relaciones mútuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y haberse empobrecido la multitud; y en los obreros la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido, la más estrecha unión, con que unos y otros se han juntado; y finalmente la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra.»—La Iglesia se preocupa tanto de sus elevados intereses como del bien común. Habla á los gobiernos el lenguaje que corresponde á sus deberes y á su dignidad; precisa los conceptos verdaderos de la libertad humana, de la constitución cristiana de los Estados; y nunca mirará con indiferencia, en cumplimiento de su deber Apostólico, el estado y condición de los obreros.

Examina el Papa los principios que en esta contienda ó peligro social han de proporcionar la solución que demandan *la verdad y la justicia*.—No se le ocultan las dificultades de poder dar la medida justa de los derechos y deberes, en que ricos y proletarios, capitalistas y operarios deben encerrarse; lamentando que hombres turbulentos y maliciosos perviertan el juicio de la verdad y muevan á sedición las muchedumbres.—Prescindiendo de las causas varias que han traído el conflicto social pendiente, reconoce que es preciso dar pronto y oportuno auxilio á los hombres de la ínfima clase, ya que, sin merecerlo, se ha-

llan la mayor parte *en una condición desgraciada y calamitosa.*

Estas palabras nos recuerdan otras, no menos notables pronunciadas en primero de Mayo de 1890, por el eminente hombre de Estado Lord Salisbury: «Posible, es, decía, que los autores de los planes socialistas, sean unos charlatanes, pero es evidente que el enfermo en derredor del cual se han reunido esos charlatanes sufre de veras alguna dolencia ó padecimiento.—Las cuestiones socialistas revelan males, cuya existencia no puede negarse. Esos males han sido indicados por el Emperador de Alemania en su circular á las Potencias; y aun cuando no podremos afirmar hasta que punto será dable atajarlos, es fuerza reconocer nuestra obligación de luchar contra ellos en la medida de lo posible; y al obrar así nadie podrá acusarnos de ceder á sofismas ó ilusiones.» Ya era hora de que en lugar de los charlatanes viniesen á ocuparse en las dolencias y males de los pobres obreros los verdaderos médicos, los hombres de ciencia, de experiencia y de poder, dotados de buena voluntad.

Para poder llegar á un perfecto conocimiento de esa cuestión social tan debatida y diversamente juzgada, debemos fijar un tanto nuestra atención en los factores que la componen: el capital, el trabajo, el salario, el obrero, el patrono y la intervención del Estado dentro de ciertos límites. Las huelgas, en la forma que las vemos producidas deben reputarse como un medio de reivindicación de derechos que los obreros creen tener en sus exigencias más ó menos justas ó fundadas. Los gremios ó modernas asociaciones de crédito, de ahorro y socorro mútuo inspiradas en sentimientos cristianos; los sindicatos al establecer ó juzgar las relaciones entre patronos y obreros y resolver las contiendas que entre unos y otros pueden surgir, decidiendo acerca de las quejas producidas; todo esto y cuanto más atañe á la instrucción moral y religiosa de los obreros, deben considerarse como remedios.

Por ser tan múltiples y variados los componentes de esa gran cuestión, dice el Papa, que no pretende resolverla por sí solo; que reclama la cooperación y esfuerzos de otros, es á saber: de los Príncipes y Cabezas de los Estados, de los amos, de los ricos y hasta de los mismos proletarios, cuya suerte se ventila. No teme, empero, establecer como principio y verdad que nunca deberá olvidarse en las soluciones de esa gran contienda, la necesidad de la influencia religiosa: afirmamos, dice, que serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres, si desatienden á la Iglesia.»

Nuestro Santísimo Padre, en su famosa Encíclica sobre la cuestión social ó el estado de las clases obreras trata de esos diferentes factores ó elementos componentes de la cuestión en admirable síntesis, estableciendo los principios de la sana filosofía, del derecho y de la ciencia católica que pueden dar verdaderas soluciones á los conflictos presentes. Pero ni el Papa, en su Encíclica, ni los Obispos en sus Pastorales, cumpliendo el encargo de comentarla ó darla á conocer á los fieles, pueden descender á tratar detalladamente de los múltiples problemas, cuestiones ó puntos de vista que envuelve, ó desde los que puede ser estudiada esa importante y trascendentalísima cuestión.

Cuando aquella admirable Encíclica se sujeta á un detenido examen ó análisis de cuanto dice, descúbrese la elevada sabiduría del Pontífice Romano, y como ha sabido resumir y aprovechar maravillosamente todos los conocimientos de la ciencia económica depurada, no menos que el fruto de todos los estudios practicados por los hombres del saber y de la experiencia de los capitalistas, empresarios ó patronos de los grandes centros ó talleres de industria mejor intencionados; y tal vez también los juicios ú observaciones de grandes hombres de Estado. Ello es que esa importante Encíclica ha merecido los elogios de todas las eminencias del mundo católico y aun de aquellas que, teniendo la desgracia de no profesar las creencias

católicas, ó bien se inspiran en ideas cristianas ó en principios y doctrinas de la sana filosofía, guiados por la recta razón y sentimientos compasivos en favor del mejoramiento de esas clases trabajadoras extraviadas ó desvalidas. Príncipes y gobernantes han felicitado igualmente al esclarecido Papa León XIII por ese portentoso documento, que despues de ilustrar á los hombres de ciencia y de estudio en tan arduo problema ofrece las verdaderas soluciones para dar á los Estados la paz y estabilidad social de que tan faltos se sienten.

Difícilmente pueden tratarse todos los elementos componentes de esa gran cuestión social separadamente y con la extensión debida en un documento como el presente. Por eso Nos ha parecido lo más conveniente, inspirándonos en las enseñanzas del Papa y juntamente en los tratados ó escritos de los hombres más distinguidos que se han ocupado en la cuestión obrera, indicar sucintamente aquellos que consideramos medios ó remedios principales para llegar á la solución deseada del conflicto social pendiente.

## VII.

Nós entendemos, que los principales remedios, y los que consideramos de mayor urgencia, consisten, sobre todo en procurar á las clases obreras junto con la profesional, una enseñanza ó instrucción más sana, más cristiana y antisocialista: en procurarle una educación verdaderamente moral y religiosa acompañada del cumplimiento de los deberes y prácticas católicas: en cristianizar la industria y el trabajo, haciendo entender á los obreros, que es ley general de la condición humana el trabajo del hombre, base y fundamento de toda prosperidad individual y social y medio de santificación; y á los amos la necesidad de cumplir bien los deberes del patronato cristiano, instruyendo, disciplinando y protegiendo á las clases obreras á las que hay que inculcar que los derechos son correlati-

vos de los deberes y que en el cumplimiento de estos hallarán principalmente la base de su bienestar, pudiendo utilizar con moderación y prudencia, despues de haber tomado consejo de quien puede darlo, los medios más razonables para hacer prevalecer aquellos y alcanzar que sean atendidas sus justas quejas; la fundación de sindicatos compuestos de patronos y obreros, para ventilar las causas ó motivos de queja y contienda entre amos y trabajadores y darles la solución más conforme con los principios de justicia en utilidad y ventaja de todos: en la creación de toda clase de escuelas para la educación, asociaciones gremiales, cajas de crédito y de ahorros, círculos católicos de obreros y demás que se consideren moralizadoras y adecuadas al sostén y mejoramiento de la familia obrera; la protección del Estado para el fomento de todas esas instituciones benéficas, respetando siempre el ejercicio de la libertad cristiana y los fueros del hogar doméstico; y finalmente el reinado de la caridad y de la compasión de los ricos y patronos para con los obreros; y de la mútua fraternidad cristiana entre los mismos trabajadores.

### VIII.

No puede negarse que en todas las cuestiones político-sociales de nuestros días, al tratar de buscar soluciones para extirpar ó disminuir los males que se lamentan y prevenir los conflictos que amenazan, descúbrese que se hallan relacionadas con otros muchos problemas que se compenentran íntimamente y no pueden darse las soluciones satisfactorias sin abarcarlos, sin estudiarlos y tomar en cuenta todos los datos que contribuyen á la exacta apreciación de los males y dolencias y á los remedios varios que deban aprovecharse para curarlos. El socialismo ha venido á ser como el maestro y apóstol de la enseñanza y educación obrera; él es quien más pondera sus derechos y excita su fantasía: él es quien inspira á esas tur-

bas obreras, esas ideas de rencor contra los amos y los ricos; contra el capital, el empresario y el patrono; él es, en fin, el que sostiene permanentemente el desorden, el odio y los propósitos de la guerra social. Por eso Nuestro Santísimo Padre ha procurado cimentar sus enseñanzas, defendiendo los derechos de la propiedad y desvaneciendo todos los errores del socialismo. A las doctrinas sustentadas hace más de un siglo por los jefes y escritores que precedieron, ocasionaron y llevaron á término la gran catástrofe de la Revolución francesa, cuyo centenario tocamos, responde destruyendo todas las utopías, y funestos errores que propagaron, y rectificando todos los extravíos y aberraciones de que ellos juntamente con la sociedad fueron víctimas. Así vemos que, contra la máxima del socialismo moderno, preparado por Rousseau en su pacto social: «de que la tierra no es de nadie y los frutos son de todos,» contesta Nuestro Santísimo Padre: *que la propiedad privada es conforme á la naturaleza*; que el hombre dotado de razón es diferente de los animales que obran por instinto. Él provee para sí y para lo futuro, y utilizando sus fuerzas y su inteligencia *llega á poseer con derecho estable su parte de propiedad en el suelo en que edifica, ó que es objeto de sus labores de cultivo*; que adquiere verdadero dominio á perpetuidad sobre la tierra y sobre los frutos de esa misma tierra. Que no hace falta la providencia del Estado para remediar las necesidades privadas, *porque el hombre es más antiguo que el Estado*; que después de repartida la tierra entre personas particulares por virtud de la propia industria, de la ley natural ó de las leyes sociales que han debido regular esos mismos derechos sobre la propiedad adquirida y los frutos del trabajo humano, siempre resulta de utilidad común.

Contra los sueños de tantos otros socialistas que, enamorados de los utópicos de Licurgo, de Platón y de otros filósofos antiguos, acaban por proclamar una nueva constitución ú organización social representada bien en los

falansterios proyectados por Saint Simón y Carlos Fourier; bien en la utopía de Tomás Moro ó en la sociedad icariense de Cabet; el Papa responde, estableciendo los verdaderos principios de la libertad humana, de la sociedad doméstica, de los derechos de la paternidad y de la justicia natural entre los hombres. Niéganse esos derechos absorbentes del Estado, contrarios á los derechos del hombre y de la familia humana; niégase esa pretendida soberanía del dios-Estado tan perturbadora como opresora del hombre y que llegaría á reducir á los súbditos á la peor de las esclavitudes.

Contra las teorías de Proudhon que enseñó tan funestas doctrinas afirmando que: «la propiedad es un robo» — «que el propietario viene á ser un Caín que mata á Abel, el pobre, el proletario, el hombre de casta inferior y de condición servil»; contra las ideas de Leroux que como imbuido de una metafísica panteística declara: «que *la propiedad es el mismo pecado original*; y que el socialismo habrá de ser la Religión del porvenir»; Nuestro Santísimo Padre sostiene, como ley divina y como conforme á la naturaleza del hombre esa propiedad tan maltratada y combatida; que la Iglesia es la única poseedora de las verdades y deberes del orden sobrenatural, y que Jesucristo no sólo vino al mundo para ilustrar y salvar á los hombres de su siglo, sino á los de todos los siglos, presentes, pasados y venideros, mientras dure la existencia del mundo; y que no es dable esperar otra Religión, ni otra Iglesia salvadora en el porvenir que el Cristianismo y la Iglesia Católica.

El socialismo moderno pretende no solamente suprimir el propietario y todo capitalista, sinó también fomentar la enemistad y el ódio entre el capital y el trabajo. No quiere la enseñanza del patrono cristiano, y hasta se esfuerza llenando de orgullo el corazón de los proletarios en que estos desdeñen los buenos oficios de protección y de caridad; establece una vasta é inteligente asociación

internacional en el mundo para hacer que los pobres jornaleros no hallen otra enseñanza, ni esperen otro recurso, ni otra defensa que la de los jefes ó sofistas que oculta-mente los mueven, organizan y disciplinan. Nuevos apóstoles de palabra ardiente y celo sectario, los Carlos Marxs, Lasalle, Bakounine y otros, han venido á dar á esas falanjes sociales, lo mismo en Alemania que en Inglaterra y Rusia, una organización más perfeccionada y poderosa. Ellos no cesan de predicarles los mismos errores y utopías del antiguo socialismo, pero han sabido comunicarle tendencias más ateas, más destructoras, antisociales y nihilistas. Esos hombres, esos nuevos reformadores, como predicara Brissot hará cosa de un siglo en tono más violento, llegan á defender la necesidad de que el hombre moderno vuelva á la barbarie, y no repare en utilizar contra la sociedad, el asesinato, el robo y el incendio.

El socialismo es la negación mas absoluta y aterradora: suprime á Dios, suprime toda autoridad; borra la patria, destruye el matrimonio y la familia; para establecer como dice Bebel una sociedad *socializada* donde todas las necesidades crecientes del hombre serán satisfechas y sus ensueños de justicia y felicidad realizados. El futuro Estado socialista vendría á resultar un grandioso falansterio, un inmenso burdel y un taller universal de desorden y de latrocinios (1). Un Estado infierno en donde todo sería confusión caos y horror sempiterno. (2)

Contra todas estas tendencias anarquistas y todas estas máximas deletéreas del socialismo moderno; y contra todas las teorías de la pretendida igualdad y derechos del hombre, contrarias á todo orden público y á todo orden gerárquico, la Iglesia por voz del Papa, llama á todos los hombres ricos y proletarios, gobernantes y súbditos

---

(1) La femme dans le passé, le present et l'ávenir.

(2) Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.—Job.—10—22.

al reconocimiento de sus mútuos deberes de justicia, á estrechar más y más los vínculos de unión y amistad entre los poseedores del capital y las clases obreras, enseñando á todos las verdades y deberes de caridad y de misericordia, fundándose en los principios de la fe y en los de la filosofía natural, depurada de todos los errores antiguos y modernos. Ella es la que procura, con mayor empeño é interés libre de todo egoismo y ambición humana, establecer la verdadera conciliación entre el capital y el trabajo, entre los ricos, amos, patronos y empresarios y todas las clases trabajadoras, humildes ó necesitadas.

Establece los fundamentos de hecho y de derecho en que se basa la desigualdad de los hombres que hace necesaria la gerarquía en el mundo: deben reconocerse las diferencias personales, las sociales y las de honor; que no todos los hombres pueden ser iguales, ni lo serán nunca, en poder, en riqueza, en fortuna ó en inteligencia. «Afánense, dice, los socialistas por declarar iguales á todos los hombres en la sociedad civil; pero ese afán es vano y contrario á la naturaleza misma de las cosas: muchísimas y grandísimas desigualdades ha puesto en los hombres: no son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y á esta necesaria desigualdad síguese espontáneamente la desigualdad en la fortuna. Lo cual es conveniente tanto á la utilidad de los particulares como á la de la comunidad; porque la vida común necesita para su gobierno de facultades diversas y oficios diversos; y lo que mueve principalísimamente á los hombres á ejercitar estos diversos oficios, es la diversidad de la fortuna de cada uno.»

En cuanto al trabajo, establece el Papa la doctrina de que es ley del género humano; que *ni en el estado de la inocencia*, ni en el de la naturaleza caída, fué creado el hombre para permanecer en la ociosidad y la holganza; que si en el primitivo estado la voluntad habría

buscado el trabajo *libremente para esparcimiento del ánimo*, después ha debido abrazarlo *por necesidad* en expiación de su pecado. No quiere halagar á las muchedumbres del trabajo prometiéndoles una felicidad irrealizable y libre de todas penalidades en este mundo, antes establece que los males ó padecimientos de la vida *serán siempre ásperos de sufrir*, duros y difíciles, y habrán de acompañar al hombre hasta el fin de su existencia,

Quiere en verdad el Papa el mejoramiento de las clases obreras, quiere que se suavicen sus penas, y que se alcance el bienestar posible de los proletarios y de todos los hijos del pueblo; pero entiende que no es medio conducente *vivir en perpetua guerra* y estar peleando siempre contra los patronos, los capitalistas y los ricos. La naturaleza ha establecido y ordenado que en la sociedad civil vivan todas las clases, y especialmente los ricos y los pobres *concordes entre sí*; y que se busque el equilibrio y simetría de todas las fuerzas y de todos los elementos por medio de la unión, de la misma suerte que el estrecho enlace de diversos miembros de un cuerpo producen su armonía y belleza.

Pero en lo que más insiste Nuestro Santísimo Padre para lograr la solución del conflicto obrero y la necesaria reconciliación entre las clases ricas y las pobres ó jornaleras, es en la enseñanza de los deberes que á unas y otras importa cumplir: que no tanto se han de predicar las libertades y los derechos, cuanto los deberes mútuos de caridad, y en especial *los que dimanán de la justicia*, y como quiera que la Iglesia ha sido siempre la única depositaria é intérprete de las enseñanzas de la Religión; y por otra parte la voz del Pontificado, el único poder inflexible sobre la tierra, para anunciar los deberes á todos los hombres lo mismo á los poderosos que á los débiles con entera libertad y valentía incontrastable, el Pontifice no teme en su Encíclica precisarlos lo mismo para los ricos y los amos, que para los proletarios y necesitados: «Los debe-

res, dice, que tocan al proletario y obrero son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo, que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones, ni hacer juntas con hombres malvados, que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina casi siempre de sus fortunas.» ¡Esas sí que son bellas y provechosas enseñanzas para poner á los proletarios y clases obreras en camino de salvación!

Oigamos, ahora la voz Pontificia dirigiéndose á los hombres del capital y de la inteligencia: «A los ricos y á los amos toca: que no deben tener á los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Pues si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre, ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, oficio que le habilita para poder honradamente sustentar su vida. Lo que es vergonzoso ó inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí *sus músculos y sus fuerzas.*» Los amos y empresarios en sus relaciones con los proletarios deben tener en cuenta la Religión y el bien de sus almas; y por eso es deber suyo hacer que á sus tiempos se dedique el obrero á la piedad. «No deben exponerlo á los atractivos de la corrupción, ni á los peligros de pecar; ni en manera alguna estorbarle el que atienda á su familia y el cuidado de ahorrar; no imponerle más trabajo del que sus fuerzas puedan soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y su edad.»

Si todos los amos y patronos tuviesen presentes estas enseñanzas del Pontificado, tendríamos facilmente resueltos muchos de los problemas sobre las importantes cuestiones del *máximum* ó *mínimum* de las horas del trabajo y del salario; sobre la conveniencia de no admitir los niños, en edad temprana, en los talleres ó trabajos penosos; sobre la inconveniencia de aglomerar tanto número de jóvenes y mujeres, arrebatándolas á los cuidados maternales de la familia y del hogar doméstico; y sobre la necesidad de impedir los trabajos nocturnos, cuanto sea posible, atendidos los diversos géneros de industria.

Acerca de la debatida cuestión del jornal ó salario dice Nuestro Santísimo Padre: «Sabido es que para fijar conforme á justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero, en general deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros es contra todo derecho divino y humano. El defraudar á uno del salario que se le debe es un gran crimen que clama al cielo por venganza: *mirad que el jornal que defraudateis á los trabajadores clama; y el clamor de ellos sueña en los oídos del Señor de los ejércitos.*» (1)

El Santo Padre condena el sistema económico que hace consistir toda la justicia del salario en el cumplimiento de las condiciones libremente conveidas entre el patrono y los obreros sin tener en cuenta, que muchas veces el consentimiento nace de la miseria ó de la ignorancia. Por eso distingue tan sabiamente entre el salario que apellida *personal*, es decir, el que puede ceder en todo ó en parte el trabajador por tener de que sustentarse, y el *necesario* en que no cabe cesión alguna, por que nadie puede autorizar la privación de los medios indispensables para procurarse su

---

(1) Jac, 5: v, 4.

sustento y el de su familia: *Tu comerás pan con el sudor de tu frente.* Esto es de justicia natural. Para determinar el *mínimum* del salario necesario, siendo materia difícil, opina ser preferible el fallo de los sindicatos ó corporaciones profesionales, que no la intervención del Estado. Luego señala el buen uso que los obreros deberán hacer de sus salarios, estimulándolos á hacer ahorros, cubiertas sus necesidades, para llegar á tener alguna fortuna ó pequeña propiedad inmueble. Por que el Papa opina que el mejor medio de oponerse al socialismo consiste en facilitar la multiplicación de obreros propietarios. «El patrón, ha dicho un comentador de la Encíclica, no debe equiparar el trabajo del hombre al de una máquina ó bestia de carga: débese al hombre lo que exige su naturaleza de hombre,» (1) y el carácter de cabeza de familia.

Los economistas más opuestos á las exageraciones del socialismo y de los enemigos del capital reconocen la insuficiencia muchas veces de los salarios y la imperiosa necesidad de ocuparse en este problema social. Mr. Chevalier escribe: «es preciso reconocer que la civilización que tanto se gloria de sus progresos consiente, en nuestros estados libres, una clase de hombres que vienen en una condición semejante á la más abyecta; y que esta clase parece propagarse hasta un punto y extremo tal, que no lo conocieron igual las sociedades pasadas.» Mr. Regbaud, señalando los abusos de un trabajo forzado en ciertas industrias, añade: «en Alemania lo mismo que en Suiza y en Francia el salario del obrero en la industria sedera, se calcula estrictamente por las más urgentes necesidades de la vida.» Pashley hace notar que la situación del obrero es más triste y grave en Inglaterra, y que la grandeza de esta nación corre parejas con la grandeza de la miseria; un proverbio inglés expresa perfectamente esta brutal situación de los obreros: *el salario del*

---

(1) M. F. Perriot—L'Enciclique «Rerum novarum» et ses enseignements—V. cap. Le salaire.

*obrero apenas es suficiente para que el alma se conserve unida al cuerpo.»* En esta importante cuestión es preciso tener en cuenta muchos datos: el aumento de precio en los víveres y en los gastos; resultando de ahí que en nuestros días los salarios suelen ser insuficientes para la manutención del obrero económico, inteligente y laborioso que no puede atender las necesidades de su familia, ni formarse un pequeño ahorro para hacer frente á las enfermedades de la vejez y los accidentes que pueden ocurrirle en las mismas industrias en que trabaja.

Por eso el gran economista Mr. Perin celebra que la Iglesia por boca de nuestro sapientísimo Papa, haya venido á ser el verdadero maestro y dominador de la cuestión social: «Debemos seguirla y no tomar en estas cuestiones otra guía que la ciencia católica del Pontificado: por lo que toca á nosotros no queremos otra economía política que la que se deriva de sus enseñanzas sociales: basta ya de escuelas y de particularismo en las doctrinas. —No queremos el liberalismo que, impulsando hasta la injusticia esa especie de justicia que quiere meter en el derecho individual, rechaza intencionalmente toda intervención del Estado, imaginando que el hombre, abandonado á su natural libertad, se hallará bastante ilustrado para realizar un orden perfecto en el trabajo; y tampoco queremos correr el peligro de caer en brazos del socialismo de Estado, cuyas escelencias pregona un sistema modernísimo.» (1)

Pero en esa árdua cuestión encuentran todos los principales economistas que no solamente se han de tener en cuenta las circunstancias especiales del obrero, sino también las que, por efecto de las alteraciones del mercado, del comercio ó cambios de la industria, hacen que los amos y capitalistas vengán obligados á aumentar ó disminuir los salarios; que muchos propietarios, dejándose llevar de los

---

(1) L' Economie politique et L' Encyclique sur la condition des ouvriers

sentimientos de compasión y caridad, con haber aumentado algunos reales ó céntimos los salarios de millares de obreros, han debido experimentar pronto grandes pérdidas, cerrar sus grandes talleres y sentir los efectos de espantosas ruinas.

X.

Todas estas y otras enseñanzas de la magnífica Encíclica que venimos comentando, revelan la necesidad de que todos los hombres de saber y de experiencia, todos los hombres del capital guiados por una conciencia honrada y cristiana, y que los mismos Gobiernos interesados en el mejoramiento de las clases obreras y en el bienestar social, empleen sus talentos, su influencia y su acción en difundir las enseñanzas de la Iglesia, de la experiencia y del buen sentido entre esas muchedumbres jornaleras. Para eso contribuiría sobremanera que muchos de los Profesores católicos de nuestras Universidades abriesen cursos en las horas de la noche para instruir á esos obreros en los conocimientos, nociones ó ideas principales que afectan á la economía política, ó que tienen más inmediata relación con los problemas y cuestiones sociales; que tales personas ú otras igualmente ilustradas en estas materias diesen conferencias dominicales, sobre todo en las grandes ciudades ó puntos, donde existen los mayores centros de industria (1.) Convendría igualmente que se depurase la enseñanza en las Universidades é Institutos del Estado en todas aquellas ciencias, cuyas ideas ó conocimientos se hallan, más ó menos relacionados con estas cuestiones político-sociales ó con las ciencias económicas. Debe procurarse que los centros de instrucción elevada instruyan á la juventud de tal suer-

---

(1) Acabamos de leer con gran satisfacción que D. Juan de Dios Trías, Catedrático de la Facultad de Derecho en Barcelona; y D. Juan M. Ortí y Lara, Catedrático de Metafísica en la Universidad Central han empezado un curso de Conferencias para las clases obreras en Barcelona y Madrid. Quiera Dios que tengan en España muchos imitadores.

te que al terminar sus carreras puedan llevar á las clases populares una instrucción más sana, más filosófica, y sobre todo más cristiana; que en vano podremos esperar el mejoramiento de las clases jornaleras y la solución de los conflictos que nos amenazan, sino se purifica el ambiente de tantos errores de liberalismo y socialismo como han predominado. Las teorías y sistemas utópicos de la cátedra jamás dejan de llegar, después de haber inficionado á muchas inteligencias esclarecidas ó á las clases directoras de la sociedad, y de haberse esparcido ó pulverizado en la atmósfera, nunca dejan de penetrar en las clases inferiores, extraviándolas ó corrompiéndolas.

Muy conveniente sería que hombres instruidos y dotados de elocuencia, llenos de abnegación y amor á esas clases obreras, recorriesen las ciudades y pueblos donde se hallan los grandes centros fabriles é industriales y les dirigiesen la palabra, ilustrando sus entendimientos con doctrinas derivadas de la ciencia Pontificia, de la sana filosofía y de la economía política cristiana. Hombres como el Conde de Mun y Mr. Harmel en Francia, como el Conde de Balestrem y el Canónigo Winterer en Alemania, Woesté y Courtivel en Bélgica; Mons. Mermillo, antes de ahora y De Curtius en Suiza, el difunto Cardenal Manning en Inglaterra; y tantos otros ilustres seculares y misioneros defensores de las clases humildes y necesitadas; se pusiesen en contacto con ellas, desvaneciesen los errores del socialismo que los arrastran, y supiesen con la formación de grandes y pequeñas sociedades católicas protectoras de sus intereses, destruir esa vasta asociación internacional que con sus reglamentos y sus vínculos semi-sectarios los encadena, los fanatiza con las predicaciones de odio y venganza, los prepara y disciplina en formidables falanjes para producir el día de mañana una conflagración general, que dé al traste con todos los organismos sociales, sostenedores de la paz y del orden en el mundo moderno. A la internacional del odio y de la destrucción debemos oponer la

internacional del amor y de la defensa de la sociedad amenazada.

Hermoso ejemplo de celo apostólico y de actividad asombrosa está dando en estos momentos el Clero de Francia descendiendo á liza con los mismos socialistas en las grandes reuniones ó *meetings* de obreros. El clérigo Castrense Naudet y el P. Didón en Burdeos, los PP. Jesuitas Pascal y Dulac en Limoges y otros, han arrancado aplausos de las muchedumbres después de oír á los socialistas. En Tolosa después de haber hablado el furibundo Hubbard alcanza un triunfo sobre él, el elocuente misionero abate Garnier; y hasta el celeberrimo Padre Montsabré, después de ocupar la cátedra ó púlpito de Ntra. Sra. de París en diferentes Cuaresmas, no se ha desdeñado, movido de su gran caridad, en acudir á la invitación que se le hizo para dirigir su correcta y elocuentísima palabra á la numerosa concurrencia de obreros en la reunión que celebraron hace pocos días en un Teatro de Lyon.

## XI.

Mas, para esto sería preciso igualmente que esa instrucción viniese apoyada por una prensa ilustrada y cristiana que difundiese entre esas clases obreras lecturas útiles, amenas y moralizadoras. Hoy por lo mismo que se ha generalizado más y más la instrucción primaria, la secundaria y la profesional, resulta que muchísimos de esos jornaleros sienten la necesidad de la lectura; y cuando en muchas de sus reuniones encuéntranse jornaleros que no saben leer, prestan atento oído á quienes toman un periódico, un folleto, revista ó libro para darles á conocer aquellas ideas ó escritos que habrán de darles más gusto ó proporcionarles abundante pábulo á sus pervertidos sentimientos, á sus pasiones de venganza y á sus ideas de una mal entendida justicia social. Los patronos especialmente de-

bieran inundar los talleres *de hojas de catecismo*, como dijo el esclarecido Cardenal de Valencia, de escritos que proporcionasen á esas clases afanosas de instruirse más y más, conocimientos útiles para sus mismos oficios é industrias y sobre todo máximas morales, libros ó folletos que refutasen ó destruyesen los errores de que se sienten imbuidas; y en vez de esos grabados impúdicos, de esas revistas tituladas *ilustraciones* corruptoras las más de las veces de todo sentimiento, de moralidad y de pudor, debieran extenderse y difundirse por todos los medios imaginables en sus centros de recreo y de lectura, no las obras ó novelas socialistas, sino obras y revistas, periódicos y novelas escritas por católicos ó autores moralistas bien intencionados. Por fortuna en nuestra España tenemos hoy en Madrid la institución de *El Apostolado de la Prensa*, otra fundada en Barcelona con el título de *Biblioteca de Propaganda*, y *La Propaganda Católica* de Palencia cuyos libritos y producciones son apropiadísimos para ejercer en esas clases la más saludable influencia. En Alicante, en Valencia, en Sevilla, en Valladolid, en Bilbao y otros puntos de España, existen publicaciones periódicas, destinadas especialmente á proporcionar á esas clases obreras alimento sano y máximas salvadoras que han sabido amenizar con el cuento, la novela, el chiste de buen gusto y el grabado artístico para darles mayor interés y fomentar el atractivo. Cuanto se haga y se trabaje para moralizar é instruir en *doctrinas sanas* á esas clases obreras tan necesitadas de buena instrucción, será obra meritoria, digna de eterna recompensa delante de Dios y de merecido aplauso por todos los hombres de bien.

Los gobiernos, empero, no debieran mirar con indiferencia esas instituciones y esos obreros de la prensa moral y cristiana; antes debieran protegerla, subvencionarla ó al menos aplaudirla. Debieran sobre todo cohibir en cuanto estuviese de su parte dentro de las leyes, todas las producciones revolucionarias, irreligiosas, inmorales ó pornográ-

ficas, á las cuales por desgracia y pecado de nuestra naturaleza, tanta inclinación y cariño demuestran esas miserables clases más que ilustradas, pervertidas.

## XII.

Pero el remedio que consideramos más urgente y quizás el principal, se halla en el patronato. Cuando los patronos de la clase obrera cumplan todas sus funciones y deberes y fijen su atención en las responsabilidades que contraen delante de Dios y de los hombres al tratar de colocarse al frente de una empresa, de una fábrica ó taller, de una industria, en una palabra, ó profesión cualquiera, destinada á fomentar el trabajo, proporcionándose algún lucro; entonces las clases obreras se mejorarán moral y materialmente y no tendremos que temer los conflictos sociales que nos amenazan. Ellos son los llamados á producir la reconciliación tan necesaria entre los pobres y los ricos, los amos y los trabajadores; ellos son los llamados á cristianizar la industria y á suavizar las asperezas y dolores del trabajo; ellos son, en fin, los que más han de contribuir á la reforma y mejoramiento de la gran familia obrera.

En el precioso libro de Mr. Carlos Perin (1) titulado *El Patrono*, leemos en el primer capítulo. «En esta obra urgente y capital de la reconciliación de las clases y de la reconstitución del mundo obrero, los patronos son llamados á ejercer una acción preponderante; que bien puede llamarse sin exageración, decisiva. Todas las complicaciones, dificultades y miserias de la vida obrera, las conoce el patrono por su práctica cotidiana. Conoce igualmente las condiciones, que en los presentes tiempos se imponen al funcionamiento, desarrollo y éxito de las empresas industriales. El, por consiguiente, mejor que nadie, descubrirá

---

(1) *El Patrono*, traducción de D. Antonio J. Pou y Ordinas, Catedrático de la facultad de derecho de la Universidad de Barcelona—Imprenta de Subirana, hermanos. 1891.

el medio de prevenir el mal, de remediarlo si es posible, — por lo menos de atenuar sus dolorosas consecuencias. Desó de lo alto, en su conjunto, considera el empresario lo que los obreros sólo perciben en sus detalles y á la luz de su interés particular. El patrono descubre en los negocios realidades, que los obreros no alcanzan; y se encuentra por tanto en condiciones de corregir sus olvidos y reducir sus pretensiones á los límites de lo justo y razonable. Y llegará á este punto con tanta menor pena, como que sabe el modo como ha de conducirse para ilustrar, sin irritarlos sin hacerles entrar en desconfianza, á esos hombres, á los que por sus relaciones de cada día ha podido conocer en sus aptitudes y carácter.—Por eso la revolución ha llenado de prejuicios la población de las fábricas; y ha hecho todo lo que ha podido para perder al patrono en el ánimo de los obreros.»

Pero es menester no olvidar, según afirma el mismo autor, que si se quiere que la acción del patrono sea verdaderamente eficaz, ha de presentarse *francamente cristiano*; cristiano en la vida industrial como lo ha de ser en la vida privada. Obrando de esta manera difícilmente aquellos obreros que no hayan sido pervertidos por la propaganda satánica del racionalismo, podrán sustraerse al imperio moral del patrono. La historia de las fábricas donde se ha ejercido y se ejerce el apostolado cristiano del patrono, son una confirmación patente de este hecho. La disposición natural de las clases inferiores ha sido siempre la de seguir el impulso que les viene de arriba; y cuando esta disposición se encuentre mejorada por la estimación y el respeto que á los obreros inspira la virtud cristiana del patrono, entonces recibe el carácter de una confianza filial de la cual pueden esperarse maravillas.

Verdaderamente ha sido una desgracia que no se entendiesen y practicasen en todas partes, desde muchos años atrás, las doctrinas que acerca del patronato emitieron y sustentaron hombres tan ilustres y expertos como el

eminente catedrático economista de la Universidad de Lovaina y el gran patrono ó empresario Mr. León Harmel de la vecina Francia, autor de la celebrada obra *Manual de una corporacion cristiana* y del preciosísimo *Catecismo del patrono*. (1) En esas enseñanzas, fruto del saber y experiencia, de esos y otros verdaderos defensores de las clases obreras, habrían encontrado los patronos y jefes de industrias, la ciencia de sus deberes y de los medios que hay que emplear para llegar á la verdadera solución de la cuestión social que tanto preocupa. Y si tales doctrinas y enseñanzas se hubiesen practicado por los patronos y extendido por el mundo obrero en tiempo oportuno, de seguro que hoy las clases jornaleras se hallarian mejoradas y todos ó la mayor parte de los conflictos habrían desaparecido.

Entonces los patronos, comprendiendo mejor sus deberes habrían dado excelente ejemplo de virtud, de amor y de protección á esas clases menesterosas; habríanlas mejor educado y moralizado sosteniendo los derechos é intereses de esos pobres hijos del trabajo en armonía con los del capital. Habrían fomentado toda clase de asociaciones, de enseñanza religiosa y de caridad que viniesen en ayuda de su misión social y salvadora; y sin violencia y sin cohibición de ningún género, se habrían adquirido las simpatías, el cariño y la voluntaria sumisión de esos trabajadores por lo común desgraciados é indefensos.

Caracterizando el patronato que se ejerce en la corporación cristiana, Mr. Harmel nos dice: «Nuestra corporación descansa sobre el libre consentimiento de sus individuos; á nadie compelemos; cada uno puede entrar ó salir sin dificultad de la corporación, en la que está solamente retenido por los lazos de la voluntad. Uniendo todos los esfuerzos en una caridad mútua, tendemos á obtener,

---

(1) Traducción del Marqués de la Solana.—Valladolid, imprenta de la Viuda de Cuesta, 1891.

de la libre adhesión de los patronos, medidas favorables á los obreros; al mismo tiempo hacemos comprender á estos, que la felicidad real no puede obtenerse fuera de la práctica de los deberes; queremos librar á los trabajadores de la tiranía del vicio y de las malas influencias. Nuestras asociaciones son una protección contra los abusos de la fuerza, los daños del aislamiento y los peligros de la debilidad. Todo está combinado para conservar la justa independencia y dignidad de los obreros, sin disminuir el derecho de los patronos.» (1)

Los patronos generalmente han tenido olvidados sus deberes para con los jornaleros y no se han dado bastante cuenta de la influencia moral y directora que podían y debían ejercer en favor de las clases obreras. La Revolución y el socialismo han sabido aprovechar perfectamente este abandono, esta negligencia y esta falta de dirección en los patronos que han ocasionado en su mayor parte los conflictos presentes; y por esto añade con justa razón Mr. Perín: «El taller y la familia, trabajados por las codicias y exigencias revolucionarias, han perdido su principio de vida pacífica y de fecunda actividad. La guerra declarada en su seno trastorna por entero la sociedad y amenaza con esterilizar todas sus fuerzas. Las influencias que actualmente obran con más energía sobre el pueblo, separan al obrero del patrono, y á veces le inducen á violencias culpables. ¿Sería sin embargo justo atribuir al primero todos los desafueros? ¿Los patronos dominados ellos también por el espíritu del individualismo; no consideran con demasiada frecuencia el obrero como materia de explotación é instrumento de lucro? ¿Por causa de su codicia y de su indiferencia por la suerte de este su compañero en los labores, no han dado demasiadas veces alguna razón á las reivindicaciones populares?»

De ahí que tanto esos célebres autores como otros (2) que

---

(1) Manual de una Corporacion cristiana.

(2) Les Erreus sociales du temps present—par l'abbé Meric.

han estudiado con profunda atención estos problemas y cuestiones sociales concluyan la necesidad de que todos los patronos reformen su conducta, se traten, se relacionen se concierten y se unan entre sí; formen juntas de patronos y obreros, sindicatos y todo género de asociaciones para que se pongan en contacto amos y trabajadores; y obren de consuno en el alivio material de esas clases menesterosas, no olvidando los deberes que tienen de dar igualmente satisfacción á las necesidades de la vida espiritual.

Reconocen que los obreros necesitan la instrucción del Sacerdote, del auxilio de las Congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, para contribuir á su moralización, á su virtud y á darles consuelo y alivio. Por eso no temen afirmar que en todos los grandes centros fabriles, mineros, agrícolas ó industriales debieran establecerse capillas y Sacerdotes para que los obreros pudiesen cumplir sus deberes religiosos y los preceptos de la Iglesia. Ellos entienden que una de las primeras obligaciones de los patronos consiste en procurar la celebración del Domingo y de las fiestas de guardar; y en evitar, además de la profanación de esas fiestas, todos los peligros de vicio que puedan tentar la virtud del obrero. Está probado que la vida cristiana en todos los centros manufactureros ó industriales es la mejor base de felicidad y de reconciliación entre ricos y pobres, amos y jornaleros. Han aprendido que la extirpación de la blasfemia y, en ciertos días, la práctica de ceremonias reparadoras, son tan ventajosas al orden de los talleres como á la piedad, y que las Congregaciones religiosas no practican tan solo obras de enseñanza y de caridad, sino que se dedican también á todas aquellas obras que pueden cautivar al obrero facilitándole la asistencia en sus necesidades y aun en su vida material.

XIII.

Por lo que acabamos de exponer, amados hermanos é hijos en el Señor, y por las reflexiones que nos ha sugerido el documento Pontificio acerca del estado y condición de los obreros habreis podido inferir la gran sabiduría y consumada prudencia del Romano Pontífice. La ciencia católica ha venido á derramar sus luces en todas las ciencias económico-políticas y sociales. Los hombres de gobierno lo mismo que los cultivadores de todas las ciencias sociológicas han debido reconocer en la Encíclica de León XIII, el guía vigilante y experto que dirige la marcha social por los únicos derroteros que han de conducir al mundo moderno á la pacificación, á la concordia de todas las clases y á la estabilidad de las sociedades. Todo parece indicar que ya ha sonado la hora de la restauración intelectual, moral y religiosa de nuestro siglo. A los príncipes y gobernantes ha llamado el Papa principalmente la atención, *hora es ya de que despierten los que tienen en su mano el poder y la dirección de los Estados: todas las potestades de la tierra deben instruirse en sus deberes* (1) debe con urgencia tomarse la resolución *de restaurarse todas las cosas* según las enseñanzas de Jesucristo (2). Se han de reprimir y curar las dos pestilencias de la vida, como las llama el Papa, que son el *apetito desordenado de riquezas y la sed de placeres* (3). Y en esa gran empresa de la restauración cristiana del mundo moderno, y sobre todo en la regeneración y mejoramiento de las clases obreras, urge que todos trabajemos: los Obispos, el Clero, los Gobiernos, los Maestros, los seculares, los religiosos, los ricos y todos los proletarios.

(1) Eu nunc reges intelligite crudimini qui iudicatis terram. Ps. 2-10.

(2) Omnia oportet instaurare in Christo. Eph. 2-10.

(3) Radix omnium malorum est cupiditas. 1.<sup>a</sup> Tit. 6. v. 10.

Más no debe olvidarse que todo anda maravillosamente trabado ó entrelazado en el funcionamiento de los organismos sociales: la reforma de las clases obreras importa la reforma de la enseñanza y de la educación, reclama la reforma de las clases ricas y de los patronos; la reforma de la prensa, la mayor vigilancia de los gobiernos, la defensa de los principios tutelares de la sociedad, el respeto de la libertad cristiana y de la dignidad del hombre. Y quién lo dijera! Reclama también con urgencia la liberación del Papa; la completa libertad é independencia del Romano Pontífice, la pronta solución de la cuestión romana, para que las muchedumbres obreras, puedan visitar al Vicario de Jesucristo sin obstáculos y tropiezos de ningún género, recibir de sus labios sus santas enseñanzas y sus paternales consuelos, proclamar muy alto los derechos inherentes á su suprema dignidad y Gerarquía, para luego regresar á sus hogares, á los centros del trabajo de sus diversos países, vigorizada su fé, regeneradas sus almas, mejorados sus sentimientos, y dispuestos siempre á mayor obediencia, á mejor comportamiento y á mayores sacrificios en cumplir sus deberes cristianos para con Dios, con sus prógimos, las autoridades, la Religión y la Patria.

#### XIV.

Alguna vez se Nos ha ocurrido la perfecta semejanza que ofrece el Estado de las modernas sociedades con el del hijo pródigo, de que nos habla la parábola Evangélica. Como éste se rebelaron contra la autoridad paterna, quisieron emanciparse de la Iglesia: como el hijo pródigo pidieron la porción de la hacienda paterna; no sólo la pidieron sinó que la arrebataron, despojando á la Iglesia de sus derechos y de sus bienes; también huyeron lejos de la vista del padre de familias; menospreciaron la vigilancia y los consejos del Papado; como el pródigo amaron la disi-

pación, la holganza y el vicio; quisieron vivir en medio de todo género de lujuria, *vivendo luxuriose*; y vinoles el mismo castigo que al mal hijo que llenó de penas y de aflicción el corazón del buen padre de familias; perdieron la fortuna mal adquirida, y halláronse sumidas en la más espantosa miseria: hubo de llegar, en medio de sus tristezas, el momento de reflexión y de arrepentimiento; y hoy parece que todos los acontecimientos mueven á las sociedades modernas á hacer la confesión de que pecaron contra el Cielo y contra la conciencia humana, emancipándose de la Iglesia Católica y del Papado.

Todas las perturbaciones y conflictos sociales amenazadores empujan á los Gobiernos de los Estados á volver sus miradas hácia el centro de la verdad, de la justicia, de la esperanza, de la paz y del honor: el Papa se nos ofrece hoy día con todos los esplendores de la bondad, del cariño y del amor con que se nos presenta el gran padre de familias en la parábola Evangélica: el Papa nos tiende sus brazos, derramando lágrimas de ternura, al ver que arrepentidas vuelven las sociedades al seno de la casa paterna; quiere abrazar á esas clases harapientas ó menesterosas lo mismo que á las aristocráticas ó ricas con el amor del Sacratísimo Corazón de Jesús: Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, (q. D. g.) añadirá á los gloriosos títulos que la historia le tiene reservados el de gran *reformador de la sociedad presente*, el de gran *pacificador* del mundo moderno, el *Papa de los obreros*.

Elevemos al Cielo nuestras preces durante este Santo tiempo de Cuaresma para que el Señor derrame su luz y sus consuelos sobre el Papa, sobre el Episcopado, sobre los Gobernantes, sobre los ricos y todos los necesitados; aprenda el mundo á conocer que la guerra encarnizada que se ha venido haciendo al Cristianismo, según confesión del Papa, es una guerra injusta y satánica: aprendan la sociedad y los que la gobiernan que las muchedumbres peligrosas y terribles son aquellas que se mantienen

lejos de la Iglesia y del Papa, son aquellas que desprecian sus enseñanzas y su autoridad; «entre ellas se hallarán los *revoltosos, los perturbadores del orden y los audaces agitadores del populacho*, que quieren quebrantar los fundamentos de toda sociedad civil; tales hombres incivilizados, embrutecidos y fanatizados por las enseñanzas absurdas y maléficas del ateísmo, del positivismo y del socialismo moderno, *jamás se encontrarán entre las muchedumbres que siguen al Papa.*

Pidiendo las bendiciones del Cielo y deseando para todos los frutos del arrepentimiento, de la penitencia y de la caridad, Nós igualmente os bendecimos en el nombre del Padre, † del Hijo † y del Espiritusanto.

Astorga 23 de Febrero de 1892.

† Juan, Obispo de Astorga.

Por mandado de S. E. I., el Obispo, mi Señor,

*Dr. Francisco Marsal,*

CANÓNIGO, SECRETARIO.

ADVERTENCIA.—*Esta Carta Pastoral la leerán los señores Curas párrocos al ofertorio de la Misa en las Dominicas de la próxima Cuaresma, dejando á su libertad el escoger y explicar los puntos que más interesan á los fieles.*



## OBISPADO DE ASTORGA.

### CIRCULAR

*sobre el tiempo del CUMPLIMIENTO PASCUAL  
y facultades extraordinarias que se conceden á los Confesores.*

Conformándonos con lo dispuesto en las *Constituciones sinodales* de Nuestro Obispado (Constitución 7.<sup>a</sup>, párrafo 90 y sig.) y en las provinciales de esta Archidiócesis, siguiendo la antigua costumbre de nuestros dignos predecesores en el cargo pastoral, y movidos á la vez por el grande amor que profesamos á las ovejas que el Señor nos ha encomendado, amor que Nos lleva á facilitar á Nuestros hijos el cumplimiento de sus santos deberes, y á sacarlos por todos los medios posibles del estado triste del pecado, declaramos abierto el tiempo del cumplimiento Pascual desde la segunda Dominica de Cuaresma hasta la Dominica de la Santísima Trinidad ambas *inclusive*.

En cuyo tiempo es Nuestra voluntad conceder y de hecho concedemos para mayor provecho de los penitentes y mayor comodidad y tranquilidad de los Confesores, á todos los señores Sacerdotes de Nuestra Diócesis que tengan expedito el uso de las licencias ministeriales, facultades extraordinarias para que puedan absolver *toties quoties* de los reservados Episcopales y Sinodales á todos los penitentes que teniendo la Bula de la Santa Cruzada se hallen verdaderamente dispuestos, imponiéndoles penitencias saludables, y proporcionadas á la gravedad de sus pecados. Esta misma gracia concedemos en favor de los penitentes pobres que no puedan tomar la Santa Bula de Cruzada, pero de ninguna manera en favor de los que no la hayan tomado por flojedad, tibieza, mala fe, ú otra causa pecaminosa, pues estos es nuestra voluntad que queden sujetos al derecho común y ordinario en orden á la *reservación* de casos.

Además á todos los Sres. Canónigos y Beneficiados de Nuestra Sta. A. I. Catedral, Rv. PP. Redentoristas, residentes en este Convento de S. Francisco de esta Ciudad, Arciprestes, Pá-

rrosos, Superiores de Nuestro Seminario, Ecónomos y Capellanes de Religiosas, les facultamos para que puedan habilitar *ad petendum* á los penitentes, que lo necesiten, encargándoles que les impongan siempre penitencias proporcionadas á las culpas *et remota occasione peccandi*, para cuya habilitación deben usar la fórmula siguiente: «et facultate apostolica mihi subdelegata habilito te, et restituto tibi jus amissum ad petendum debitum conjugale,» fórmula que debe decirse después de la absolución ordinaria de los pecados.

Por último es nuestra voluntad que las precedentes facultades extraordinarias duren para los Sacerdotes que tengan licencias hábiles de confesar en Nuestra Diócesis por todo y sólo el *tiempo pascual*; más para todos los Sres. Canónigos, Beneficiados de esta Sta. Iglesia Catedral, PP. Redentoristas, Arciprestes y Superiores de Nuestro Seminario por un año, á contar desde la fecha de esta Circular.

Astorga, 28 de Febrero de 1892.

✠ JUAN, Obispo de Astorga.

---

## REPARACIÓN DE TEMPLOS

Y DEMÁS EDIFICIOS ECLESIAÍSTICOS DE ASTORGA,

---

En virtud de lo dispuesto por Real Orden de 10 de Febrero último, se ha señalado el día 29 del próximo mes de Marzo, á la hora de las once de la mañana, para la adjudicación en pública subasta, de las obras de reparación del templo parroquial de Barrio la Puente, bajo el tipo del presupuesto de contrata, importante la cantidad de *seis mil quinientas cuarenta y siete pesetas ochenta céntimos*.

La subasta se celebrará en los términos prevenidos en la Instrucción publicada con fecha 28 de Mayo de 1877, ante esta Junta diocesana, hallándose de manifiesto en la Secretaría de la misma, para conocimiento del público, los planos, presupuestos, pliegos de condiciones y memoria explicativa del proyecto.

Las proposiciones se presentarán en pliegos cerrados ajus-

tándose en su redacción al adjunto modelo, debiendo consignar precisamente como garantía para tomar parte en esta subasta la cantidad de *trescientas veintisiete pesetas, treinta y nueve céntimos*, en dinero ó en efectos de la Deuda, conforme á lo dispuesto por Real decreto de 29 de Agosto de 1876. A cada pliego de proposición deberá acompañar el documento que acredite haber verificado el depósito del modo que previene dicha Instrucción.

Astorga, 24 de Febrero de 1892.

### MODELO DE PROPOSICIÓN.

D. N. N. vecino de..., enterado del anuncio publicado con fecha 24 de Febrero último y de las condiciones que se exigen para la adjudicación de las obras de reparación del Templo parroquial de Barrio la Puente, se compromete á tomar á su cargo la construcción de las mismas, con estricta sujeción á los expresados requisitos y condiciones por la cantidad de.....

*(Fecha y firma del proponente.)*

NOTA.—Las proposiciones que se hagan serán admitiendo ó mejorando lisa y llanamente el tipo fijado en el anuncio, advirtiéndose que será desechada toda proposición en que no se exprese determinadamente la cantidad en pesetas y céntimos, escrita en letra, por la que se comprometa el proponente á la ejecución de las obras.

---

### NECROLOGÍA.

En 7 de Febrero, falleció D. Agustín Justel, párroco de Mue-  
las de los Caballeros.

En 11 de id., falleció D. Tomás de la Huerga, párroco de San  
Pedro de la Viña.

En 18 de id., falleció D. Carlos Martínez Muñiz, párroco de  
Magaz de Arriba.

En 8 de id., falleció D. Ambrosio Díez, párroco de Inicio.

En 17 de id., falleció D. Celedonio Álvarez Robledo, Pres-  
bítero de Mormentelos.

**R. I. P.**